

**Guzmán de Alfarache y el caballero rico de galeras:  
Claves melancólicas de la clausura del relato**

Juan Diego Vila

(Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso” — Universidad de Buenos Aires)

*Para Martín De Grazia*

-I-

Desplazada, en la consideración crítica, por el inequívoco atractivo de la secuencia previa de la conversión en alta mar (II, 3, 8) y la ulterior ejemplificación del nuevo estado (II, 3, 9) en ocasión de las torturas padecidas, la crucifixión y el conato de sublevación de Soto en la penitencial galera,<sup>1</sup> reverbera una secuencia narrativa en el *Guzmán de Alfarache* en torno a la cual, semiológicamente, no se han espigado de un modo adecuado sus implicancias narrativas.<sup>2</sup>

En efecto, toda la atención lectora resulta sutilmente orientada a lo que debería reputarse como prueba decisiva de la metamorfosis anímica preconizada. Todos recuerdan, de su integral confesión, sus inequívocos dichos: “cuando recordé, hálleme otro, no yo ni con aquel corazón viejo que antes” (II, 3, 8, 506). Mas comprenden, claro está, que el proteico narrador dista mucho de ser fiable. El lector no ignora que su cooperación exegética habrá de resultar, en esa instancia del relato, actividad inexcusable, pero no advierte, pese a todo, que el juicio propuesto termina siendo integralmente funcional a una focalización expresiva harto intencionada.

Puesto que si bien es evidente que la clausura de la novela parecería proponer que el hijo demuestra su talante al revelarse diverso del padre, no debería minimizarse el detalle de que la superación del sino infamante del levantino –si se adhiere a un consumo literario determinista– es, a las claras, imperfecto corolario a analizar. Guzmán se ha esforzado por abrazar una religiosidad sincera, bien diversa del estigma de hipocresía religiosa que cargó el deseado progenitor. Ha impedido, con la delación, el desvío de la embarcación hispánica a la anatémizada extranjería, confín moro que, sin mayores cargos de conciencia, el padre había abrazado. Y resultaría bien claro –como Cavillac<sup>3</sup> y Molho

---

<sup>1</sup> Una síntesis impecable sobre el estado de la cuestión de las controversias gestadas en torno a la idea de conversión puede encontrarse en Cavillac (1993).

<sup>2</sup> Según Cavillac gran parte de las controversias se suscitan por el gesto crítico de homogeneizar el sentido de la llamada “confesión general” en un único eje de sentido cuando, en verdad, el texto de Mateo Alemán presentaría el desafío de tres conversiones diversas. Así, entonces, distingue la conversión moral o religiosa, de la política y de la poética. Sin perjuicio de ello, con todo, es útil recordar que ellas no resuelven todos los flancos de la herencia maldita legada por el padre genovés al protagonista y que, por ello mismo, resulta esencial atender a esta secuencia a analizar puesto que allí se dirime el estigma de ser marica, tal como se había afrentado al progenitor. Estigma que, por lo demás, era el único para el cual la memoria del galeote no asumía algún tipo de concesión o estrategia de defensa.

<sup>3</sup> De entre los múltiples abordajes que Cavillac ha consagrado a la historia del pícaro y, en particular, a la temática económica –aneja a los intereses por los pobres y a la emergencia de la figura del mercader en la serie literaria– puede consultarse una de sus últimas sistematizaciones en Cavillac (2010a).

lo han apuntado— que nuestro atalaya ha descubierto en alta mar la sana retribución del buen comercio al cultivar la artesanía y consagrarse a prácticas de vivandero, bien diversas, para los reformistas y todo su público, de la inequívoca censura del genovés por haber sido un logrero.

Pero esta ilusión, intencionalmente catártica y muy apta para que el lector adelante el perdón del reo que en el orden de lo narrado Su Majestad no llega a conferir, se hace añicos si, contraviniendo la prestidigitación elocutiva, se vuelve a reparar en la mácula paterna que la clausura no impugna. Ya que si la sana economía, una recta religiosidad y la defensa de lo patrio confirmarían la veracidad de la conversión del pícaro —en esos puntos en las antípodas del legado paterno— no ocurre lo mismo si, en forma incómoda, el lector evoca el escandaloso afeminamiento y supuesta homosexualidad del progenitor.<sup>4</sup>

Dado que todo cuanto sobreviene en el sofocante y angustiante encierro homosocial de las galeras<sup>5</sup> se ve redefinido, aunque la crítica no desee reparar en ello, por el punto culminante de la tensión erótica entre varones.<sup>6</sup> Aquel en el cual la violenta peripecia del desenlace susurra, a quien desee oírlo, cómo todo pende, en definitiva, del pasional laberinto en el cual Guzmán ha quedado aprisionado por el misterioso caballero rico de galeras. Enigmática figura de las postrimerías cuya razón de ser narrativa no parecería ser otra que la escenificación impropia de los peligros del deseo homosexual.<sup>7</sup>

## -II-

Ahora bien, no es de extrañar, con todo, el silencio crítico respecto de esta secuencia terminal puesto que el *Guzmán de Alfarache* emplaza, en el pórtico del último capítulo, la elocuente conseja del caballo pintado que el comitente malinterpreta. Habría

<sup>4</sup> “Pero si es verdad, como dices, que se valía de untos y artificios de sebillos, que los dientes y manos, que tanto le loaban, era a poder de polvillos, hieles, jabonetes y otras porquerías, confesaréte cuánto del dijeres y seré su capital enemigo y de todos los que de cosa semejante tratan; pues demás que son actos de afeminados maricas, dan ocasión para que dellos murmuren y se sospeche toda vileza, viéndolos embarrados y compuestos con las cosas tan solamente a mujeres permitidas, que , por no tener bastante hermosura, se ayudan de tinturas y barnices, a costa de su salud y dinero. [...] Si esto es aún en mujeres vituperio, ¿cuánto lo será más en los hombres?” (I, 1, 1, 140-141). Sobre éste y otros pasajes concomitantes de la novela consúltese Vila (2015a).

<sup>5</sup> Federico Garza analiza archivos documentales de corte inquisitorial en los cuales queda cifrada la memoria de las prácticas nefandas entre hombres en alta mar.

<sup>6</sup> No se trataría, obviamente, de postular identidades homosexuales —lo cual sería un anacronismo palmario, pues no es ése el siglo XIX de la clínica freudiana— sino, antes bien, de indagar cómo la noción de homosocialidad, propia de lugares de encierro, empleos o actividades exclusivamente masculinas, permite sondear una refuncionalización de los géneros y del binarismo fundante de los enclaves comunitarios. No estaríamos apuntando, un tanto ilusoriamente, al develado de individuos sino al señalamiento de prácticas cuya licitud se funda, primordialmente, por la exclusión de mujeres en el contrato de interacción cotidiana entre hombres. Cárceles, como la que Guzmán padecerá en galeras, son prototípicos ejemplos de estos enclaves sofocantes en materia de género.

<sup>7</sup> El campo intelectual de los estudios culturales del Siglo de Oro español no se ha prodigado en los análisis de las prácticas y/o deseos homoeróticos. Su historia y análisis —como era de prever— abrevia fundamentalmente en textos legales y en testimonios documentales surgidos de los anales inquisitoriales. En esta línea sigue siendo inexcusable el abordaje de Rafael Carrasco.

requerido el retrato de una bestia bien aderezada y en plenitud pero al ver el cuadro mientras se seca boca abajo supone que, desoyendo su encargo, el pintor se ha contentado con su representación revolcándose.

Toda la conseja pende de la asombrosa revelación del plástico: “Vuélvase la tabla” (II, 3, 9, 508). Pues sólo así se advertirá que lo esperado se cumplió y que nuestras percepciones de lo real resultan ser, en un sinnúmero de ocasiones, falaces. Y así, magistralmente, la exégesis narrativa viene a insistir con la idea –próxima a la ideología reformada- de que la mente humana yerra al interpretar al soberano Artífice. Muchas son las ocasiones en que el hombre se queja por los ásperos trabajos cuando, en verdad, no advierte la misericordia guardada en ellos. Muchas penalidades, con esta dinámica, deberían revelársele a todos, “al derecho”, como gustos:

Si se consideran las obras de Dios, muchas veces nos parecerán el caballo que se revuelca; empero, si volviésemos la tabla hecha por el soberano Artífice, hallaríamos que aquello es lo que se pide y que la obra está con toda su perfección. Hácensenos, como poco ha decíamos, los trabajos ásperos; desconocémoslos, porque se nos entiende poco dellos. Mas, cuando el que nos los envía enseñe la misericordia que tiene guardada en ellos y los viéremos al derecho, los tendremos por gustos. (II, 3, 9, 508-09)

El principio de reversión significativa con el cual el capítulo se apresta a narrar los estertores vitales del memorialista apresado ha sido interpretado, genéricamente, como indicio orientador de la experiencia de la liberación espiritual del protagonista con la cual, presumiblemente, se debería ratificar, retrospectivamente, la sinceridad de la mutación anímica acaecida cuando se descubre en el “Monte de las miserias” (II, 3, 8, 505). Guzmán, según este eje evidente, puede sobrellevar la tortura y todas las penalidades del encierro porque, claramente, tendría un corazón nuevo en sincero diálogo con Dios.

La conseja, desde este ángulo, reforzaría, evaluativamente, la verosimilitud del temple demostrado ante las adversidades y apuntalaría, en una dimensión teleológica, el postrer estado expectante del perdón real, con un goce de la propia libertad controlada, con que se cierra la novela. Porque Guzmán pudo atravesar el martirio de la propia carne es que, finalmente, comprende la necesidad de este áspero camino para gozar de su reconciliación espiritual y de la misericordia de Dios.

Sin embargo, y sin que ello suponga la negación de estas bien evidentes coordenadas significantes, no debería el lector inferir que con estas ecuaciones de sentido es dable dirimir, a la ligera, el mensaje del desenlace. No sólo porque Alemán da muestras, en toda su obra, de una constante complejidad bien hostil a las simplificaciones sino también, muy particularmente, por el hecho de que la conseja del caballo también puede ser leída, con un enfoque acotado, como refracción astillada de lo que le sobreviene a nuestro galeote con el caballero rico de galeras.

Es evidente, en primer término, que uno y otro pasaje confiere parte del protagonismo a un mismo tipo humano, naturalizado, en sendas ocasiones, en función de un criterio estamental hostil a las individuaciones nominales. Porque si el que contrata al

“famoso pintor” (II, 3, 9, 508) sólo resulta presentado como “un caballero rico”, análoga perspectiva será la que se emplee para introducir a quien será el último amo del pícaro: “Desclavóse la rueda, dio vuelta conmigo por desusado modo nunca visto. Acertó en este tiempo a venir a profesar en galera un caballero del apellido del capitán della, y aún se comunicaban por parientes. Era rico [...]” (II, 3, 9, 509).

Y, en segundo lugar, no debe desatenderse que el meollo argumental del aparente enigma de la conseja –un caballo corriendo en plena libertad como se había deseado o, en forma afrentante al propio deseo del noble, un inquietante caballo revolcándose– jalona, también, el inicio de la mortificación del protagonista en las sesiones de tortura al tiempo que, coordinadamente, desaparece de toda la narración la figura del caballero rico: “Mal conoce Vuestra Merced a estos ladrones, que son como raposas: hácese mortecinos y, en quitándolos de aquí, corren como unos potros y por un real se dejarán quitar el pellejo. Pues crea el perro que ha de dar el trencellín o la vida” (II, 3, 9, 517). Las palabras del capitán, durante la tortura, son bien elocuentes. Guzmán, aunque su pariente no lo advierta, dista mucho de ser una víctima. Finge, como las raposas, una debilidad que no es tal y ratifica, por sobre las ilusorias apariencias de los efectos de los azotes y la refriega de sal y vinagre sobre las heridas producidas, que, de suspenderse el tormento, volverá a correr como un caballo indómito al instante porque, como a todo ladrón, lo único que le importa es la ganancia económica. El caballero rico ha cedido su dominio y competencia sobre el cuerpo del forzado al pariente de temple más viril quien, por caso, es la suprema autoridad sobre el navío. Y desaparece de la acción reflexionando que mayor crueldad era la del pícaro en dejarse azotar que la propia en mandarlo.<sup>8</sup>

Tal, por cierto, el preludio de la crucifixión en alta mar. Tal, en verdad, el inicio de la coda del capítulo que la crítica anuda, eficazmente, con la exégesis adelantada sobre la conseja del caballo corriendo o revolcándose. Mas nos resulta evidente, con todo, que a nivel léxico se han desgranado una serie de recurrencias que organizan un eje isotópico que, contrariamente a lo usualmente leído, demarca a la perfección el contrapunto de Guzmán con su último poseedor. Pues si en el inicio Guzmán fue elegido por el caballero rico la separación de ambos se escenificará como particular repulsa signada por la violencia que el responsable de todo no puede asumir y proyecta en el otro.

### -III-

Si reparamos en nuestro análisis en el detalle de esta pulsión negada y manifiesta a la vez, el trazo de una crueldad que no se desea leer en sí mismo pero se reconoce en tanto y en cuanto se puede legitimar como deseo manifiesto del otro, es porque se trata de la secuencia que mejor nos alerta sobre el particular régimen de lectura que impone la figura del caballero rico para los lectores todos.

Pues en torno a este personaje misterioso puede advertirse un muy calibrado despliegue de predicaciones opacas sólo desambiguables si, pacientemente, se entrelazan

---

<sup>8</sup> “Viéronme tal y tan para espirar, que, aunque pareciéndole a mi amo mayor mi crueldad en dejarme así azotar que la suya en mandarlo, más, compadecido de tanta miseria, me mandó quitar. Fregáronme todo el cuerpo con sal y vinagre fuerte, que fue otro segundo mayor dolor” (II, 3, 9, 516-517).

silencios y medias verdades. Ya que, como creemos, todo en el caballero rico resulta organizado por dobles movimientos cuya finalidad última son el ocultamiento de sí. Al punto que, muy sugestivamente, podrá advertirse cómo mucho de lo declarado a su respecto parece aclarar, al menos formalmente, su perfil pero, antes bien, sólo contribuye a difuminar otros componentes inciertos desde un punto de vista situacional.

Un reguero de indicios engañosos –muy en sintonía con lo que, *grosso modo*, podríamos tipificar como cauce expresivo prototípicamente picaresco- es el que se emplea para taracear la imagen esquiva de este noble. Se ha embarcado, pese a lo esperable de una tal jerarquía, sin familia y sólo con sirvientes. Y si bien se pretende desambiguar esta anonimidad social por medio del recuerdo de que se relacionaba “por parientes” con el capitán de la galera, no puede dejar de señalarse que el “apellido” se calla y se borronan los lazos exactos de parentesco.<sup>9</sup>

Nada impediría admitir que la dimensión vincular de esta figura está en entredicho. No es hijo, marido o padre de nadie, pero, al mismo tiempo, se atenúa este mismo *imposibilia* biológico-social con el recuerdo de que, por medio de un apellido semejante, puede pensarse su comunicación con quien, a las claras, desdice toda naturalidad de lo que se desee creer semejante. Uno es rico y ocioso, el otro debe velar por su plaza laboral y por la coordinada económica aneja a ella: conservar la vida de los forzados para no tener que pagar por ellos al rey.

Si el vínculo entre el capitán y el caballero rico ensombrece más de lo que aclara, no menor es el dato con el que se intenta explicar su presencia entre autoridades marinas y forzados de su majestad. Sólo se nos precisa que vino “a profesar en galeras” pero nada basta para desambiguar esta imprecisión. Que ningún caballero rico se preciaría de definir su existencia en virtud de su voluntaria consagración al ejercicio de ser viajero de un navío repleto de condenados es, en sí mismo, elocuente. Y extremado resultaría que se asemejara su decisión a la de un noviciado penitencial.

Lo único claro, en verdad, es que el caballero rico parecería haber encontrado su lugar en el mundo en un no lugar clásico. Asentado en ninguna parte, la errancia infinita del bogar entre tierras diría sus días.<sup>10</sup> Y ello porque, además, jamás se precisa que el

---

<sup>9</sup> Es relevante señalar cómo esta última navegación del protagonista recupera, en parte, como refracciones demoradas y alteradas, alguno de los componentes explicitados en su viaje de retorno a España desde Génova cuando Guzmán, como falso caballero enriquecido, se fuga tras el hurto a sus familiares con la complicidad del capitán Favelo quien, por caso, es la única figura de toda la narración que, ingenuamente, se siente amigo del protagonista. Personaje respecto del cual planea, ominosamente, otra clara tensión afectiva homosocial pues importa señalar que es el único que en la narración del pícaro es representado en estado de aflicción y congoja cuando sobreviene la separación al desembarcar.

<sup>10</sup> Salvando las distancias de que sus reflexiones se aplican, claramente, a la problemática gay y lesbiana contemporánea, son particularmente iluminadoras las palabras de Didier Eribon quien plantea que la subjetividad de los individuos acrisolados en la injuria se define en el gesto de huida: “Pero, ¿no se distingue la vida de los gays por un ‘acoso moral’ permanente, directo o indirecto, un acoso presente en todas las situaciones de su existencia, un acoso social? Y la personalidad que construyen, la identidad que moldean, ¿no están determinadas por las consecuencias psicológicas de esta posición social de ‘acosados’ en la vida cotidiana (por la injuria, la burla, la agresión, la hostilidad ambiental)? Se entiende que uno de los principios estructuradores de las subjetividades gays y lesbianas consista en buscar los medios de huir

suyo sea el caso de quien aprovecha el trayecto del navío porque tiene un destino sino, por el contrario, porque se silencia lo que quizás no exista. Lo vemos descender de la embarcación en alguna ocasión pero jamás se expresará que algún confín de los que se pueda alcanzar sea, ciertamente, su destino.<sup>11</sup>

Sin futuro explícito y sin punto de llegada manifiesto, quizás lo propio del caballero rico sea gastar la propia existencia sin significado comunitario, ejercicio en el cual su ser y haber social quede debidamente controlado porque se halla en tránsito. Deriva infinita con la cual se aplaca todo cuanto de sí no puede afirmar, marcha en la cual, ilusoriamente, la pregunta por su lugar en el mundo se posponga.

Que la contradicción sea uno de los principios constructivos de su figura es innegable. Dado que si bien nos es claro que su identidad se escamotea en la fuga, no menos patente es que, contra este plano consciente, parece resistirse a pasar desapercibido. No sólo porque en la galera resultará reconocido como el único pasajero sino, sustantivamente, porque su adocenamiento personal y las galas y gustos con que se prodiga instalan un horizonte de posibilidades que, de haber sido consciente de ello, quizás habría acallado:

Era rico, tratábase bien y traía una gruesa cadena al cuello, a uso de soldados, casi como la que un tiempo tuve. Hacía plato en la popa, tenía un muy lucido aparador de plata y criados de su servicio bien aderezados. Y al segundo día de su embarcación le faltaron de la cadena diez y ocho eslabones, que sin duda valían cincuenta escudos. (II, 3, 9, 509)

Que la voz narrativa denuncie que el caballero rico y el mismo protagonista del relato comparten análogos criterios en materia de accesorios para la propia indumentaria es una verdad a medias. Pues si bien es cierto que Guzmán supo engalanarse con alguna pieza semejante, no es sincero que ello haya sido por semejar el uso de los soldados.<sup>12</sup>

del ultraje y la violencia, que con frecuencia recurran a disimular lo que son o a emigrar hacia climas más benignos” (33).

<sup>11</sup> Un punto significativo del texto, para entender en toda su dimensión el *omen* opresivo que rodea la figura del caballero rico, es el que se sigue –en sintonía con lo señalado por Eribon en el estudio citado en la nota previa- de la imposible enunciación de una tierra de promisión para la propia diferencia. En efecto, una singularidad de la afectividad divergente es que la emigración a la ciudad puede reformularse, también, como voluntario exilio del propio enclave ciudadano a un “más allá” que se idealiza. Es algo sabido como el afeminamiento y la falta de virilidad era enrostrada por los españoles a todos los extranjeros, particularmente italianos y, sobre todo, franceses. El caballero rico no explicita que su destino sea otra comunidad más ‘civilizada’. Experiencia que, por otra parte, sí ha tenido Guzmán cuando fue paje del embajador de Francia. Diversidad que explica por qué, ulteriormente, el bagaje de experiencias culturales del condenado a galeras desequilibra el flujo de poder entre el noble y el reo. Guzmán puede leer entre líneas mucho de lo que el caballero no llega a enunciar porque él ya lo ha vivido y, por eso mismo, es que puede operar, estratégicamente, en beneficio propio.

<sup>12</sup> La memoria del galeote distorsiona, en este punto, un signo que orienta una potencial semejanza y ello repercute, con claridad, en la confusión resultante cuando se retrata al novel pasajero. Equívoco que, de creerse que fue tal y no un fallo expresamente intencional para resignificar la propia confesión, señala un contrapeso imaginario que se reputaba necesario para lo que, efectivamente, había significado, en su vida, adornarse así. La cadena cuya semejanza liga al valor público de ser un guerrero es, por el contrario,

Y más relevante, aún, es el detalle de que tal adorno no fue escogido por el pícaro para imposter clase o elegancia sino que, antes bien, se trató de un presente marcado por un inconfesable erotismo, el existente entre él y el embajador de Francia según se testimonia en la despedida de ambos:

El sintió mucho mi ausencia, echóme sus brazos encima y al cuello una cadenilla de oro que acostumbraba traer de ordinario diciéndome:  
—Dóytela para que siempre que la veas tengas memoria de mí, que te deseo todo bien. (II, 1, 8, 140)

Guzmán –como se recordará– no había partido de Roma porque lo deseara sino porque había comprendido que la propia infamia y las burlas anejas a ella impactarían indeseablemente en su protector. Guzmán –insistimos– era, entonces, ese “Adonis, pulido, galán y oloroso” (II, 1, 2, 67) cuyas desenvolturas e impropias costumbres desembocaron en la escena en la cual, sugerentemente, sus desreguladas prácticas terminaron padeciendo el providencial castigo de verse enlodado, envuelto en excrementos y atacado por infame y anónima muchedumbre que leyó en la vergonzante y repulsiva exterioridad una abyecta interioridad que las apariencias previas anunciaban.<sup>13</sup>

Ahora bien, si la “gruesa cadena al cuello” hermana al caballero rico, a Guzmán y al embajador francés, no puede ser casualidad que –puestos a interpretar el sentido de esta recurrencia reforzada por la evocación de una semejanza intencionadamente parcial– tanto ella como la “cadenilla de oro” que engalanó el pecho del amante galo parezcan destinadas a no poder ser conservadas en su prístino estado por sus poseedores.

A lo cual cabe agregar, finalmente, que no deja de ser una ironía cruel el que la fragilidad e inestabilidad de estos vínculos negados y vergonzosos para los mismos contrayentes se plasmen, plásticamente, en función de la refuncionalización de estas joyas.

Imposibilitadas de ser testimonio erótico que resista los embates del tiempo resultarán reapropiadas por terceros que las reducirán a su valor metálico objetual. En tanto que, además, en el caso de la del caballero rico se insistirá en el quiebre desaprensivo de los vínculos. Pues aún cuando el grosor de los eslabones hubiese podido

---

testimonio bien privado. Lo cual demuestra que el pícaro ha aprendido que, al menos en España, es necesario imposter virilidad. Es un fallo de memoria estratégico desde todo punto de vista. Máxime si se tiene presente cuan desfavorables resultan ser todas las imágenes de militares en su narración cuando, por caso, no siente la amenaza de tener que fingir una masculinidad que quizás no se pueda actuar debidamente. En el *Guzmán* los capitanes y soldados españoles son figuras muy maltratadas por el discurso y es irrisorio considerar que el protagonista hubiese deseado ufanarse mostrándose como uno de ellos.

<sup>13</sup> Estar “embarrado”, con tierra pero también con materia fecal humana o animal, es la imagen que emerge en varios encuentros eróticos fallidos del protagonista. Y es también, sugerentemente, el calificativo infamante del padre cuando se revela su afeminamiento en tanto hombre que se maquilla y se adocena cual hembra. Pues excrementos y suciedad exteriorizan, de un modo indicial, la práctica nefanda de los sodomitas opuesta, en este sentido, al régimen de lo sanguíneo propia de los vínculos heterosexuales a partir del desvirgamiento de la mujer.

desanimar a cualquier ladrón, su ufano poseedor debe aceptar que al haber sido abierta se ha intervenido sobre el significado íntimo del propio bien.

Por todo lo cual, en síntesis, resulta complejo no considerar hasta qué punto lo rememorado por Guzmán es integralmente sincero al hacer la presentación del reciénvenido. ¿Debería el lector pasar por alto que los recuerdos del pícaro parecen no ajustarse a lo narrado minuciosamente? ¿No es relevante, acaso, que nuestro protagonista pueda estar impostando, estratégicamente, no haber tenido una intuición profunda sobre la velada naturaleza del novel viajero?

La prosa del galeote,<sup>14</sup> tan exacta, aguda y precisa a la hora de evocar, describir y construir analogías para su cómplice narratario<sup>15</sup> pasa por alto, equívocamente, este indicio trascendental que las galas semejantes aportarían. Y queda sumido, inconsciente de ello, en tortuosa secuencia cuyo sentido último se le escapa.

A no ser que, claro está, detecte entre líneas el retorno de lo reprimido –la portentosa imagen del padre afeminado- y la ocasión de una igualación en máculas que puede reconocer pero preferiría olvidar. Dado que, al fin de cuentas, lo que confiere tragicidad a este pasaje no es otra cosa que el descubrimiento mutuo de un deseo impropio y recíproco entre varones y, al mismo tiempo, la urgencia de su necesaria execración.

Todo ello, por lo demás, en un contexto de encierro y masificación disciplinar que potencia la violencia resultante del futuro encuentro. Pues si el reconocimiento del potencial sendero emotivo apuntala un proceso de individuación y sujeción resistente al agregado punitivo de la igualación con todos los otros condenados perseguida por las autoridades,<sup>16</sup> no es menos cierto, también, que el tipo de vínculo a entablarse, de volverse claro, evidente y legible para todos por igual, terminaría siendo la ocasión mínima y necesaria para la aniquilación mutua.

Quizás, por cierto, no sea tan desacertado que Guzmán decida operar con la verdad para, al decírnosla, confundirnos y poder callar.

#### -IV-

---

<sup>14</sup> Es necesario poner en su justo valor el detalle de que el autobiógrafo se ve obligado a representarse, ficcionalmente, como un galeote, figura que, como bien lo demuestra Canavaggio supone una gran innovación expresiva y figurativa. Modernidad que comparte, en este caso, con Cervantes y sus galeotes en el *Quijote*.

<sup>15</sup> Sobre la centralidad que adquiere en el *Guzmán* la continua interpelación y edificación del lector resulta inexcusable el trabajo de Cavillac (2010b).

<sup>16</sup> “Tiene cosas particulares la galera, que bastan a formar un buen volumen; pero yo sólo quiero ponderar la que importa la disciplina, que la mayor parte de la chusma de los que están al remo, son hombres fascinados, que cada uno por sí traía alborotado un pueblo, sin poderse averiguar con él, y doscientos destos en una galera están tan domésticos y disciplinados que a sólo un silbo del cómitre ponen con tan gran presteza por obra lo que les manda, que parecen un pensamiento, sin discrepar, uno de otro, como si todos ellos fuesen miembros de una sola persona y se gobernasen por ella” (Covarrubias, s. v. *galera*).



Ahora bien, uno de los aspectos más inquietantes de este pasaje es el detalle de que, en consonancia con la fractura de la gruesa cadena que engalanaba al caballero rico, el relato del galeote sobre el fugaz interludio de servicio al noble se vea marcado, una y otra vez, por sutiles precisiones que al modo de eslabones rotos y separados no bastan por sí solos para clarificar lo dicho u ocurrido realmente pero que, unidos, permiten recuperar en toda su dimensión el eje conflictivo y tormentoso de esta mutua atracción.

Un primer punto a recuperar, anejo al retrato del noble con su rica cadena, es que junto con la descripción de su riqueza ostentosa e incomprensiblemente legible en utensilios y enseres de viaje, se enfatice que los criados están “bien aderezados”. No tanto porque resulte claro que esta recurrencia léxica homologa las condiciones de la servidumbre del caballero rico con la apariencia esperada del caballo pintado –también él “bien aderezado”–, pues en ambas secuencias es perfectamente legible el sentido manifiesto de ‘adornado’ o ‘compuesto’ sino, puntualmente, por la acepción etimológica –según Covarrubias– de que lo aderezado es aquello que se enderezó porque naturalmente está torcido (Covarrubias, s. v. *aderezar*). Y este valor, es evidente, bien puede reverberar tras la predicación descriptiva de la peregrina comitiva del noble.

Que el entorno del poderoso pueda ser una oportunista turba rufianesca cuyos afeites y adocenamientos coadyuvan a fingir la ilusión de una dignidad que no se posee no es una valencia a desatender.<sup>17</sup> Y, mucho menos aún, cuando a renglón seguido se naturaliza su castigo por el presunto hurto de los dieciocho eslabones de la cadena.

Recuérdese, por otra parte, que cuando Guzmán medre en el servicio del rico la preocupación conjunta en materia de robos y confianza seguirá dirigiéndose a éstos y que de ese indeterminado e infame conjunto de criados, pajecillos o asistentes personales surgirá quien pacte con Soto la traición al amo para vengarse de Guzmán. Ardid que, en verdad, al paje ejecutor le importa porque infiere que de ese modo recuperará el terreno perdido en materia de privanza e intimidad con el rico si el pícaro cae en desgracia.

Que lo llamativo de esta curiosa comitiva no resulte profundizado bien podría explicarse por la focalización narrativa del encumbramiento funcional de Guzmán como asistente privilegiado del noble, mas no es un dato insignificante el que la memoria del galeote no rememore la visión de este cortejo como un esplendor impropio del cual también supo valerse en su estancia en Roma y, mucho menos aún, que se silencie lo impropio de estas vestiduras para contextos tan poco pomposos y mundanos como resulta ser un viaje marítimo en galera atestada de delincuentes. Al punto que, con seguridad, si la descripción de este ingreso en galera hubiese corrido por cuenta de los forzados o de sus mismas autoridades el dato brindado por esta moda rozaría el escándalo.

Un segundo dato a rescatar se organiza en torno a la conversión de Guzmán en “forzado de satisfacción” (II, 3, 9, 509):

---

<sup>17</sup> En un trabajo previo (Vila 2013) planteo los inconvenientes éticos, para la cultura de entonces, que se siguen del adocenamiento rufianesco y del exceso de accesorios: “Y no reputo excesivo, tampoco, el que esta oscilación entre ropajes de chulos y vestimentas femeninas escandalosas, indique también, en definitiva, lo inapropiado de las ropas usadas frente al deber ser masculino sobrio, austero y elegante en la materia. Con lo cual, por cierto, no sería extraño que quienes mal viven a costa de sus mujeres resulten censurados, en su apariencia, por la elección de una indumentaria que revelara lo censurable en esas prácticas y detalles típicamente femeninos” (322).

Y para excusar adelante otro semejante suceso, le dijo el capitán a su pariente que lo más acertado sería, para el tiempo que su merced allí estuviese, dar cargo de sus vestidos y joyas a un forzado de satisfacción, que con cuidado lo tuviese limpio y bien acomodado, porque a ninguno se le daría por cuenta que se atreviese a hacer falta en un cabello. (II, 3, 9, 509)

Que esta secuencia se integre en la nómina de contextos equívocos no debería asombrar a nadie ni suponer novedad de ningún tipo pues a nivel narrativo se está reiterando lo que, en la práctica –aunque con algunas variantes– ya realiza con el cómitre. Contexto previo de referencia que nos resulta de suma utilidad para detectar invariantes y reponer silencios. Pues si bien es cierto que Guzmán se ha habituado a servir a hombres no debe omitirse que esta nueva emergencia de una estructura vincular en el encierro homosocial de galeras extrema aspectos que antes estaban opacados al punto que, de un modo nada inocente, sea en la reiteración de esta coacción que la misma práctica reciba una denominación concreta.

En efecto, todo induce al lector a suponer que esta secuela del capítulo final tendrá un decurso semejante a la previa del capítulo 8 con el cómitre (véase Vila 2015b). Guzmán, como en esa ocasión, desplaza a un favorito preexistente –el desastrado Fermín–. Y es prolijo el detalle, asimismo, de los múltiples auxilios que el condenado confiere desde un posicionamiento que, a las claras, podría tipificarse como femenino de no mediar el dispositivo disciplinar del castigo.

Guzmán –tal como ya lo ha confesado– sabe muy bien qué hacer para lograr que un hombre poderoso pose sus ojos en él<sup>18</sup> y no es una exageración sostener que si el texto lega una imagen de una “perfecta casada” es la que articulan los esfuerzos del condenado en estas dos privanzas.

Al cómitre le arma la cama, le tiene “aderezada y limpia la ropa” (II, 3, 8, 499) –nuevamente la misma recurrencia léxica–, le sirve la mesa y deja bien en claro que sus atenciones se prodigan allende cualquier límite temporal que pudiere pensarse razonable incluso para un forzado:

Matábale de noche la caspa, tráale las piernas, hacíale aire, quitábale las moscas con tanta puntualidad, que no había príncipe más bien servido, porque, si le sirven a él por amor, a el cómitre por temor del arco de pipa o anguila de cabo, que nunca se les cae de la mano. (II, 3, 8, 499)

El miedo –como parece explicarnos Guzmán– es una pasión tanto o más poderosa que el mismo amor. Y es prolija su crónica de los efectos emotivos de esta senda equívoca en que deseo y pánico se funden cuando precisa que “cuando lo vía desvelado lo entretenía con historias y cuentos de gustos. Siempre le tenía prevenidos dichos

---

<sup>18</sup> “Desta manera me fui poco a poco metiendo cuña en su servicio, ganando siempre tierra, procurando pasar a los demás adelante, tanto en servirlo a la mesa, como en armarle la cama, tenerle aderezada y limpia la ropa, que a pocos días ya ponía los ojos en mí” (II, 3, 8, 499).

graciosos con que provocarle la risa; que no era para mí poco regalo verle alegre la cara” (II, 3, 8, 499).

En tanto que, con el caballero noble, se replicarán, en gran medida, estas atenciones:

Cuando venía de fuera, salíalo a recibir a la escala. Dábale la mano a la salida del esquite. Hacíale palillos para sobremesa de grandísima curiosidad y tanta, que aún enviaba fuera presentados algunos dellos. Traíale la plata y más vasos de la bebida tan limpios y aseados, que daba contento mirarlos, el vino y agua, fresca, mullida la lana de los traspontines, el rancho tan aseado de manera que no había en todo él ni se halla una pulga ni otro algún animalejo semejante. Porque lo que me sobraba del día, me ocupaba en sólo andar a caza dellos, tapando los agujeros de donde aún tenía sospecha que se pudiera criar, no sólo porque careciese dellos, más aún de su mal olor. (II, 3, 9, 511)

Pero, como bien se puede comprobar con un simple confronte de pasajes, hay dos marcas notorias que dicen el diferente posicionamiento interno del narrador. Porque si en el caso del cómitre resulta notorio cómo la potencial desmesura de su viril violencia basta para edificar un paraíso cerrado en el cual las sonrisas del amo dicen la perfección de un tiempo fuera del tiempo, en el caso del caballero rico, tan aderezado él, esta ilusión se desvanece pues Guzmán endereza su servicio y el oficio de agradar a la expectativa de “alcanzar algún tiempo libertad” (II, 3, 9, 511) por obra y gracia de lo realizado.

A todo esto, además, habría que añadirle un segundo detalle que enfatiza la minoridad del noble en comparación con el amo precedente: el detalle de que a diferencia del cómitre es más sensible a los encantos del galeote y, consecuentemente, le resulta imposible no valorar al forzado por fuera de la perversa lógica que el común encierro de galeras construye. Pues si el cómitre no falla en evocarle al condenado, de un modo sostenido y continuo, que el único universo existente es el carcelario, el caballero rico vuelve defectuoso el aprisionamiento que se debería juzgar eterno al enviar, como regalos a terceros, las artesanías en palillos que el forzado de satisfacción le confecciona.<sup>19</sup>

Gesto en el cual es dable leer no sólo una valoración del otro que se jerarquiza por el aprecio que el afuera libre podría tener de lo que ha confeccionado<sup>20</sup> sino también un recordatorio inoportuno del afuera en el que había gastado sus días. Confín de lo real que la capacidad de daño del cómitre había clausurado y que la misma “debilidad” del caballero vuelve a reinstaurar.

---

<sup>19</sup> Adviértase, además, cómo en consonancia con la ideología de la masculinidad al uso en ese entonces, la mayor hombría del cómitre se leería en su capacidad de ejecutarlo cual hipóstasis del soberano.

<sup>20</sup> La valorización de la productividad del galeote es otro traspié del caballero noble en su impostada virilidad transida toda ella de desclasamiento puesto que para los nobles españoles el trabajo no es un norte ni un valor que los defina. Y es imposible no advertir, también, que lo que termina estimando –artesanía mujeril o de maricas– termina revelando un rostro de sí que desearía ocultar.

De donde se sigue, comprensiblemente, que el noble figure ese entrar y salir inconveniente de galeras –“salíalo a recibir a la escala”– y que, por consiguiente, el reemplazo de amos resulte un problema. En primer lugar porque se ha aficionado al claustrofóbico “amor” que el cómitre le infunde, pues en un universo sin mujeres no parece impropio que el satisfaga su ausencia. Y, en segunda instancia, porque el notorio adocenamiento del caballero, verdadero morador impropio de la galera, restituye el necesario aplazamiento del binarismo sexual. Pues creo no equivocarme si sostengo que lejos de la atracción que produce la capacidad de matar del cómitre, Guzmán lee, proyectivamente, en las debilidades del nuevo amo un sinfín de componentes internalizados ligados a la infamia de ser marica.

Punto que reputo central porque, muy sencillamente, permite edificar sin fisuras la tesis de que la atracción originaria del caballero por Guzmán está condenada al fracaso. No porque Guzmán no sea consciente de los infinitos indicios de agrado que el poderoso le envía sino, antes bien, porque lo que regula la aceptación o rechazo del otro en el caso del pícaro es la posibilidad de leer en cada movimiento, necesidad o pedido de su nuevo poseedor aquello que en su psiquismo podría tipificarse como una identificación rechazada: el elemento femenino.

Eje reflexivo que, sugerentemente, bien podría entenderse por el mismo efecto paradójico que se sigue de su individuación como “forzado de satisfacción”. Pues Guzmán podrá suplir todos los vacíos que la satisfacción masculina del encierro amerite pero no puede suplir en el otro la fuerza que no posee y que tan necesaria le resulta para el propio deseo.

#### -V-

Por eso mismo es que entre los eslabones escamoteados a la consideración lectora es que se debe atender, desde esta perspectiva, a los criterios y actitudes que el mismo caballero rico adopta respecto del forzado aún antes de conocerlo en persona. Pues todo cuanto nos refiere Guzmán –sin explicitarlo claramente– es que la pasión dominante del nuevo integrante de la galera es la débil y femenina ansiedad: “Cuando le dijeron mis partes y supo ser entretenedor y gracioso, no vía ya la hora de que me pasasen a popa” (II, 3, 9, 510).

Que las expectativas del caballero se hayan disparado por los valores predicados respecto de Guzmán –“mi entendimiento, buen servicio y estar bien tratado y limpio” (II, 3, 9, 509)– podrían tornar verosímil que nuestro reo subsuma estos factores en la expresión “mis partes”, mas la ulterior descripción del encuentro siembra otro tipo de dudas:

[...] cuando el caballero me tuvo en su presencia, holgóse de verme, porque correspondían mucho mi talle, rostro y obras. Enfadóse de verme asido, como si fuera mona. Pidióle al capitán me pusiesen una sola manilla y así se hizo.

Guzmán –es evidente– sabe que ha gustado físicamente y no puede callar, en su estratégica confesión, este detalle que debería ser inconducente para su verdad esencial. Sabe que han reparado en su fisonomía, que resultó ponderado estéticamente –práctica

absurda si lo que se busca es un criado de confianza– y no se priva de explicitar que sus obras, en el mejor de los supuestos, son reputadas por buenas porque parece lindo. ¿O acaso no es evidente que, encadenado, ninguna obra podría realizar con la cual confirmar lo anunciado?

Las ansias de un corazón estrecho y afligido suelen no ser buenas consejeras del propio juicio: el caballero rico ejemplifica bien este reparo desatendido.<sup>21</sup> Mas importa orientar nuestra atención al dato de que ese mismo desfasaje resulta percibido por el mismo dictaminador ya que no se privará de requerir que, aun cuando esté preso, se le confieran ciertas concesiones que habiliten una ilusoria migración zoológica –de mono a hombre– al tiempo que, desde otro ángulo, no se puede desambiguar si la minoridad que no quiere leer en el nuevo sirviente se ha enfatizado con el empleo del femenino –“mona”– o si, hipotéticamente, así se ha expresado porque se nos refiere que ha percibido, delante de todos cuantos no alcanzan a distinguirlo, un plus de femineidad que estaría en juego a la hora de aceptar o rechazar la solución propuesta para su satisfacción.

Sea como fuere, no obstante, es capital señalar que la analogía animal –parecer una mona– tiene más densidad que las motivaciones que puedan haber orientado el empleo de esa expresión por parte del noble dado que lo que sí es evidente –y este bien podría ser otro eslabón destinado a perderse– es que la angustia por el parecer mona emplaza la incomodidad en la gramática social del *percipi*.

Porque que el caballero no quiera que su futuro asistente parezca una mona no significa que le incomode que quizás lo sea sino, por el contrario, que no desea que su esencia pueda resultar asediada, por los presos y sus guardianes en quienes se instituye, simbólicamente, la potestad de obrar algún tipo de condena por lo que puedan leer en Guzmán.<sup>22</sup>

Podría creerse que esta sutil diferencia entre ser y parecer bien puede razonarse por el humano anhelo de parecer lo que uno es y de no ser visto como lo que no se es. Pero esta insistencia en la correspondencia alienta la hipótesis de que, por sobre lo declarado en tan limitado concurso de aspirantes, lo verdaderamente central en el pedido se explica por el deseo del poderoso de que no se advierta, de un modo sencillo, que la elección se ha dirimido porque Guzmán es como una mona.

---

<sup>21</sup> Importa recordar cómo, en estos capítulos de encierro homosocial y claustrofóbico, la prosa del galeote, tan atenta y exacta en la ponderación de símiles anatómicos, va deslizándose su atención de un modo sutil y sostenido hacia la consideración de órganos nobles como el corazón. Teatro corpóreo desde el cual se justificará la conversión ulterior pero que también será útil para efectuar progresivos contrapuntos pulsionales que fundarán la acción de galeras. Pues si el caballero melancólico es el corazón contrito, Soto tendrá su corazón crudo y Guzmán el corazón sufriente y penitencial.

<sup>22</sup> La potencial sujeción por la injuria al pícaro deviene un problema a atender desde el momento mismo en que el caballero noble ha aceptado que Guzmán deje de ser un constituyente más anónimo de los condenados a bogar. En ese mismo proceso de diferenciación se libera la potencialidad afrentante de la masa y de los otros hombres libres de la galera respecto de quien, de ahora en más, será distinto. Por eso, entonces, es que estos recaudos preventivos deben guiar la atención lectora al riesgo ligado a la eventualidad de parecer, en público, como una “mona”.

Dado que la mona, en un sinnúmero de tratados de la época sobre animales, es el animal privilegiado para prescribir el talón de Aquiles espiritual de ciertos sujetos, aquellos que –como luego nos contará Guzmán a propósito del caballero– han “dado en melancolizarse” (II, 3, 9, 511). Y no sería arriesgado afirmar que, al elegirlo, el caballero se ha decantado por aquel que podría garantizarle la modulación de una sensibilidad existencial próxima a la propia. Pues este animal –dice Covarrubias– “de suyo es melancólico” (s. v. *mona*).

Ahora bien, ¿qué tipo de melancolía es la que se construye a propósito de los monos? ¿Qué factores son los determinantes en el registro de este temperamento cuando tal disposición es relevada en monos y monas? ¿Son algunos de ellos relevantes para nuestra interpretación de este pasaje de legibilidad tan engañosa?

#### -VI-

Monos y monas, según los análisis un tanto fantasiosos de nuestro lexicógrafo, serían así llamados por dos razones complementarias. La primera de ellas es su carácter solitario dado que se hace derivar el vocablo español del ‘monos’ griego que significaría ‘único’, ‘sólo’. Los monos, entonces, serían bestias habituadas a la soledad y se insiste, para justificar esta predicación biológica, en que habitan en islas desiertas perdidas en medio del océano y que, desde allí, “engañan a los navegantes, pareciéndoles ser hombres” (Covarrubias, s. v. *mona*).

La segunda acepción, en cambio, atribuida al Brocense, insiste en que son así llamados porque al descubrirlos se pensó en el verbo griego “*mimao*”, es decir, ‘imitar’. Ambas dos, en verdad, recuperan dos aspectos medulares para leer el enigma atesorado por el noble puesto que ellas permiten develar un eje de sentido crucial cual es el de la sociabilidad y ser en sociedad de las gentes al igual que el de las condiciones necesarias para una justa integración.

Y esto es inexcusable porque clarifica en toda su dimensión el contexto de manifestación del enigma que porta el noble ya que –según se historia– las alegrías construidas para satisfacerlo no bastan dado que cae preso de la melancolía

por haber venido una carta de un personaje grave, a quien él tenía particular obligación, el cual en su vida se había querido casar y apretaba mucho por casarlo. Y como así lo viese fatigado, preguntándole la causa de su pesadumbre, me la dijo y aún me pidió consejo de lo que haría en el caso. (II, 3, 9 511)

El caballero revela a su servidor un desencuentro afectivo que, de un modo sugerente, no integra a un individuo del otro sexo sino a un varón que inferimos mayor. El caballero tiene una “particular obligación” cuyo origen no se especifica aunque, con todo, permite entrever que la naturaleza del diferendo entre ambos se explica por una problemática sexual. El mayor ha pactado con la expectativa social de estar unido a una mujer –lo que hoy se denominaría heteronormatividad– y no puede ni desea comprender por qué el caballero rico no sigue sus pasos.

A todo lo cual se suma el detalle de que ese desencuentro ha generado, equívocamente, sentimientos encontrados en los dos por cuanto si el mayor se inquieta y alarma por lo que quizás podría definir como trasgresión escandalosa, el viajero a quien sirve Guzmán sólo posee el desasosiego, el deseo de seguir bien con él –pues por eso lo afecta la carta– junto con la ilusión, tibiamente sugerida, de no dar el brazo a torcer.

Que el caballero rico no esté siguiendo los consejos del mentor respetado no puede ponerse en tela de juicio pues la carta que lo melancoliza viene a confirmar que todas las elecciones previas apuntan en una dirección opuesta. No se queda a vivir en comunidad donde un compromiso podría concertarse –incluso sin amor–, apuesta por la distancia y el errar sin término propio de quien dice que ha venido a profesar en galeras, ha optado, incluso, por un universo que proscribía, al menos formalmente, a las mujeres.<sup>23</sup>

Y a ello se le debe sumar el interés que evidencia no por cumplir con lo mandado sino, por el contrario, por encontrar el argumento válido que le permita persistir en su senda. Tal, por cierto, el contexto de las réplicas de Guzmán. Instancia de diálogo cuya sola sustanciación difumina, aún más, la pretextada dignidad del angustiado. Ya que, al menos formalmente, resulta complejo compartir que el consejero idóneo para una temática que se dice respetar sea, por caso, uno de los condenados por infringir las leyes de la misma sociedad que se buscaría honrar:

—Señor, lo que me parece que se le podría responder a quien tanto huyó de casarse y quiere obligar a otro que lo haga es que vuestra Merced lo hará, si le diere por mujer a una de sus hijas.

A mi amo le satisfizo mucho mi consejo, determinando tomarlo como se lo daba y, pasando adelante la plática, en cuanto se hacía horas de comer, me preguntó le dijese, como quien dos veces había sido casado, qué vida era y cómo se pasaba. (II, 3, 9, 511-512)

La respuesta –como quizás sería previsible a la luz de las capacidades retóricas del galeote escritor– está perfectamente a la altura del desafío y hace gala, con medido ingenio, de la justa lectura de otras variables que el mismo caballero rico no habría puntualizado. Dado que, a la par de la reescritura de la preocupación del grave amigo en repulsa evidente de un mal comportamiento propio que se vuelve enunciable porque se lee en el otro y no en sí –quien hoy brega por que se abrace el matrimonio otrora huía de él y hoy juzga esto por crimen cuando lo ve en terceros–, ha de incorporarse el provocador cierre que sanciona la insinceridad de la solución hallada por el mayor. Por

---

<sup>23</sup> Eribon nos lega, nuevamente, páginas particularmente iluminadoras de las causales que fundan, en nuestro tiempo, la llamada melancolía homosexual: “La melancolía procedería del duelo imposible de cumplir o terminar de lo que la homosexualidad hace perder a los homosexuales, a saber, las formas de vida de los heterosexuales, a la vez rechazados y repudiados [...]. Bergson dice que la vida de un individuo está obsesionada por las elecciones que no ha hecho. Aquí la vida de los gays –y de las lesbianas– está sin duda perseguida por los modos de vida y de relaciones con los demás de los que han querido o debido prescindir o privarse a causa de su sexualidad. Esta melancolía está vinculada con la pérdida de los lazos familiares (con los padres, los hermanos, el círculo familiar) pero también con el sueño (en ocasiones inconfesado) de una vida de familia para ellos mismos [...]” (59-60).

cuanto al prometer que se desposará con la hija que tuviere permite distinguir que lo que ocultaba la huida previa y hoy no subsana el casamiento no es otra cosa que el rechazo sexual de la mujer.

Devolución en la cual, burlándose de la circunspección de aquella figura, sincera, de un modo no muy evidente, que ha descifrado la semejanza profunda de los dos. Quizás el caballero y el personaje grave hayan estado unidos por algo más que la amistad. Quizás uno haya sucumbido a la vigilancia social que se desplegaba entonces sobre sexualidades disidentes en tanto que el otro, por el contrario, probablemente por la propia juventud, resistió. Quizás, en definitiva, su autoexilio en alta mar no tenga otra causa que la necesidad de distancia para un duelo que la propia melancolía impide elaborar.

Y por ello no desentona que aún cuando no desee transigir con la reconversión erótico-social impuesta por el sentido común –la conveniencia de casarse–, la vida conyugal reverbera en su mente como misterio central. Por tal razón, entonces, es que, junto con la aceptación de la estrategia sugerida por el galeote, Guzmán será inducido por el caballero a compartir sus experiencias matrimoniales. Decurso vivencial que, con inteligencia, sabrá mitigar y difuminar en la propia enunciación en beneficio de máximas y consejas que, sin involucrarlo, pontifiquen sobre la naturaleza de la vida conyugal.

Guzmán, claramente, comprende que no puede referir punto por punto las variadas circunstancias que rodearon sus enlaces –porque de nada podría resultar ejemplo y porque de contar la verdad se destruiría la ilusión comunicativa basada en la supuesta idoneidad del informante– y es por ello que, en forma sagaz, construye un marco enunciativo hiperbólico del estado matrimonial para, a renglón seguido, impostar insuficiencia personal y omitir, de un modo taxativo, cualquier detalle.

Que la vida matrimonial de Guzmán no es ejemplo de nada no es necesario argumentarlo, pero asombra, por contraste, que el modélico portavoz autorizado de las excelencias vitales de este sacramento resulte presentado, un tanto oximóricamente, como quien ha encontrado la posibilidad de “gozar en la tierra del cielo” y que a ello se agregue, como segunda variable, el detalle de que ese postrer estado ha sido buscado para salvarse.<sup>24</sup>

Que Guzmán deslice, entre líneas, el postulado de que la fusión gozosa del cielo en la tierra se organiza en función del sacrificio de la pulsión sexual no es extremado inferirlo pues un sinnúmero de teólogos y moralistas así lo señalaban. Pero sí inquieta el detalle de que se enfatice, tan idealmente, la necesidad de salvación. Pues si la sexualidad matrimonial importa cuando se transfigura en angélica bien puede uno inquirir si, al fin de cuentas, la alabanza no encubre una ironía: el reconocimiento de que un buen matrimonio cristiano es el mejor territorio para esconderse de la propia angustiada sexualidad.

---

<sup>24</sup> Es fina ironía del relato del galeote el que, al requerírsele expresamente servir de ejemplo, renuncie explícitamente a devenir uno quizás porque la materia a tratar entraña muchas aristas no resueltas por el mismo protagonista respecto de sí. Pues en esa negativa, que contraviene palmariamente una de las estrategias de producción de sentido dominantes en el *Guzmán* –la pedagogía *ex contrario*–, se fomenta la ilusión engañosa de que los propios yerros o pecados no pueden resultarle ejemplificativos al lector y, mucho menos aún, a su ocasional interlocutor.



Punto ante el cual no desentona que todo el enhebrado ulterior de apólogos, casos notables y antecesores ilustres apuntalen una presunta verdad sustantiva sobre los dos géneros cuya radicalidad dista mucho de ser mero detalle ocasional. Pues secuencia tras secuencia habrá de insistirse en la imposible correspondencia de hombres y mujeres al tiempo que, paso tras paso, se explique este fenómeno por una voluntad execratoria recíproca. Al punto que, no casualmente, lo que Guzmán termina ejemplificándole al caballero rico de galeras es que la mujer puede ser, en el mejor de los casos, un mal necesario pero, muy difícilmente, un bien. Tesis que –es evidente– es plenamente funcional a su coyuntura.

El *incipit* de sus enumeraciones pautará dos tipos femeninos: las que están destinadas a padecer fieras en lugar de maridos y aquellas que se esfuerzan, a diario, por desquiciar santos.<sup>25</sup> Unas y otras –es bien claro– sirven para clarificar que el matrimonio debería pensarse como la atracción impropia de lo diferente pues ninguna de las alternativas de la disyuntiva fundacional admite la hipótesis de la correspondencia.

El *exemplum* de los tres amigos subsiguiente parece, por sobre la jocosidad, reconsiderar el aserto previo. Pero la *gradatio* de felicidad masculina no admite dudas: el punto más bajo es el del marido casado con buena mujer, lo supera el que enviudó rápido y triunfa sobre los dos el que nunca la tuvo. Una buena mujer para el matrimonio –dice el chiste– es la peor alternativa de la perspectiva analizada.

Y si el relato de Guzmán logra, oficioso, volver negativo lo positivo, no asombra que se refuerce este efecto con el linde basal opuesto: el caso del marido provenzal atormentado a diario por una mala esposa a la cual no logra sufrir. Bien sugerente resulta, al respecto, que el mejor modo de librarse de una condena matrimonial a perpetuidad sea la inducción de un accidente que le cauce la muerte a la martirizante consorte –enviarla de viaje sobre una mula sedienta sobre un despeñadero próximo al Ródano–. Al igual que es de destacarse el dato de que, en este punto, empieza una sutil reescritura de lo femenino en función de su animalidad constitutiva.

Por lo cual no asombra en lo más mínimo que la paciente prédica pro-matrimonial del galeote concluya con la historia de los tordos que “después de la cría” salen a buscar la vida. Pues ésta, en la aparente neutralidad de una casuística animal, recupera varios datos diversos contra lo femenino que se fueron enumerando en las etapas argumentativas previas, al tiempo que lo encubre, aparentemente, en la coordinada imaginaria fabulística de las lecturas humanas de valores inmemoriales y naturales de lo animal (Rodríguez de la Flor, 59-83).

Así, por ejemplo, se sostendrá que lo propio de los machos tordos es ceder al imperativo de la procreación para, luego, dejar las hembras en busca de la verdadera vida. Se insistirá, también, en el detalle de que esta masculinidad aventurera, lejos de la cría y

---

<sup>25</sup> La tematización del motivo del matrimonio imposible es recurrencia evidente de pasajes semejantes que el propio galeote ha formalizado en su confesión integral cuando, contextualmente, el enlace con sus esposas resulta representado. En todas las ocasiones, aún cuando Guzmán se haya casado dos veces, el diagnóstico que formula, con casos ilustres, consejas y materiales varios que legan una enseñanza inmemorial, es negativo.

la consorte, es fuertemente resistida por los lugareños de las comarcas donde recalán al punto que, diezmados, las aves terminan creyendo que lo mejor es “volverse a su natural” (II, 3, 9, 513) y emprender el regreso al punto de partida.<sup>26</sup> Instancia crítica en la cual el confronto se opera entre aquellos tordos que no se animaron al nomadismo diletante y quienes, tras asumir todos los riesgos, vienen a descubrir que, en definitiva, la opción del sedentarismo junto a la hembra distaba mucho de ser una opción.<sup>27</sup>

La voz narrativa no tiene dudas y clausura el eslabonado de anécdotas con la conclusión de que “los que ven los gustos del matrimonio y no pasan de allí a ver que de diez mil no escapan diez, tuvieran por mejor su seguro estado de solos, que los trabajos y calamidades de los mal acompañados” (II, 3, 9, 513-14). Pero, con todo, pese a la lógica interna de la digresión, deja absortos a los lectores todos.

¿Qué es lo que determina que la opción matrimonial denostada resulte, sin embargo, fuente de malestar existencial para aquellos que así piensan respecto de ella? ¿Por qué, en el marco argumental de su respuesta, Guzmán concede valor al discurso del personaje grave que habría escrito al caballero noble en tanto que, ejemplarmente, aproxima el posicionamiento existencial del nuevo amo a la vida de granjería que el mismo pícaro reconoció haber abrazado? ¿Qué es, en síntesis, lo que persigue con esta deriva en la cual el sentido común cede a una verdad íntima?

#### -VII-

Muchos son los pasajes del Guzmán en los cuales el sentido de lo narrado parece escabullirse de renglón en renglón. Y éste, por cierto, no es la excepción. La digresión que Guzmán enhebra busca réditos comunicativos en varios frentes. Por un lado, y en su dimensión más evidente, se tiñe de concesión cordial al presupuesto compartido de que casarse es encomiable decisión. Guzmán –es evidente– ignora cuánto es el apego que su amo tiene al parecer censor del viejo mentor que le ha escrito. Puede, como mucho, inferir que su dictamen vital es de peso pues, por caso, el caballero noble se ha melancolizado de solo conocer el tenor de la misiva.

Pero esta tonalidad expresiva cede su preeminencia, conforme la *gradatio* de casos *in mulieres* se suceden, a lo que podría tipificarse como registro externo de quien le

---

<sup>26</sup> El retorno a “su natural” es un señalamiento explícito de que el destino cifrado por la divinidad para los tordos era multiplicarse y generar cría con sus esposas antes que, como Guzmán y el melancólico caballero, vagar solos por el mundo en busca de disfrute.

<sup>27</sup> La aparente ingenuidad de la anécdota animal pierde mucho de su candor si, por caso, se la interpreta como clave alegórica del destino de los disidentes eróticos, aquellos que se resisten a la heteronormatividad conyugal: “Llegaron a un país de muchas huertas con frutales y frescuras, donde se quisieron quedar, pareciéndoles lugar de mucha recreación y mantenimientos; mas, cuando los moradores de aquella tierra los vieron, armaron redes, pusiéronles lazos y poco a poco los iban destruyendo. Viéndose, pues, los tordos perseguidos, buscaron otro lugar a su propósito y halláronlo tal como el pasado; mas acontecióles también lo mismo y también huyeron con miedo del peligro. Desta manera peregrinaron por muchas partes, hasta que casi todos ya gastados, los pocos que dellos quedaron acordaron de volverse a su natural” (II, 3, 9, 513).

ha pedido consejo. Podemos suponer –como lectores– que la secuencia narrativa en la interacción discursiva de los personajes orientaría al galeote, acabadamente, sobre la licitud de tal digresión de cara al beneplácito y recreación que pudiere causarle a su interesado escucha. Y aquí –es evidente– el tema matrimonial resulta intencionalmente desenfocado para privilegiar la malicia del constituyente femenino del enlace.

Mas el tópico de las malas mujeres, en la digresión de Guzmán, es trampa bifronte. Pues si la censura sobre las esposas es aquello que, en forma manifiesta, puede ser prenda de unión entre patrón y sirviente, nada impide que, en forma palimpséstica, reverbere tras lo enunciado un *quantum* significativo ligado a una ética y economía del silencio. Dado que, a nuestro entender, la réplica de Guzmán es tal porque ha sabido escuchar lo que, mudo, el caballero noble le ha terminado de confirmar con su malestar.

Guzmán ha comprendido, como sagaz lector, que lo que lo tiene atribulado al enigmático viajero es lo que hoy se denominaría –en línea teórica que podría comenzar en Sigmund Freud y concluir en Judith Butler- melancolía de género. Ya que el caballero noble no puede conciliar que, anejo a su elección íntima vital afín a los bellos sirvientes y a un universo monogénico como la galera le ofrece –no necesariamente sexual pero sí erótico-, la posibilidad del horizonte matrimonial, en el contexto comunitario social, se perfile como territorio vedado. Y en la disyuntiva de engañar a todos o engañarse a sí paga, con su tristeza, el luctuoso duelo por un confín que nunca deseó.

Porque el caballero ha encontrado, en los dichos del personaje grave que le importaban, tanto el precio de la cobardía de aquél que ha sucumbido a las expectativas normalizadoras de la sociedad cuanto el saldo íntimamente negativo de la propia elección. Dado que el drama que se encubre en la misiva que lo apenas queda sintetizado, magistralmente, en el remate recurrente del primer consejo del pícaro: se casará cuando “le diere por mujer a una de sus hijas”.

Guzmán –parece evidente– tenía todo en claro antes de empezar la digresión. Porque habría comprendido, al vuelo, que ni a uno ni a otro lo asistirá un final feliz. Ambos dos –se ríe sombríamente al reconfortar al amo– están destinados a la soledad y a una deseable y necesaria distancia entre sí. Ya que el mismo hiato que se cifra entre quienes se escriben es la conveniente separación entre quienes no deberían manifestar públicamente una afinidad diversa.

El texto de Alemán, virtuosamente, omite el contenido exacto del consejo del personaje grave. Toda la misiva es reformulación melancólica de carácter genérico del caballero noble y esta misma elisión de los dichos puntuales de aquel a quien tanta “particular obligación” adeuda permite habilitar, en la lectura del público de la novela, la hipótesis de que lo silenciado bien podría ser los términos de un pacto que no se aviene a cerrar. Coacción letrada que podría estar sugiriendo, entre otras cosas, que la posibilidad de subsistencia del vínculo entre ambos se funde en la disimulación de algún enlace por conveniencia. De donde, por cierto, la ironía de la descendencia imposible del reciente casado.

Que esta arista sea una de las vías de correcta intelección del pasaje permite explicar múltiples aspectos que, de otro modo, quedarían sin una clarificación adecuada. En primer término por qué Guzmán estaría tan seguro, de antemano, con lo finamente calculador que siempre se ha mostrado, de que sus palabras deberían morigerar la

relevancia del consejo epistolar. Puede pensarse que sus dichos, privado de libertad y dependiente del caballero, carecerían de plena sinceridad, más no puede soslayarse que su opción entraña un riesgo y que mucho más práctico habría sido insistir sobre lo sencillo que podría resultar casarse. Al fin de cuentas desde su regreso a España él mismo lo ha logrado dos veces cuando, en toda su vida previa, jamás contempló esta necesidad o elección.<sup>28</sup>

En segundo lugar torna legible mucho de lo silenciado en la parcial confesión. Dado que, insistimos, jamás se habría clarificado que el problema del caballero grave estribe en la intimidad erótica con las mujeres sino, antes bien, en su renuencia no clarificada a formalizar una unión matrimonial. De un dato no se sigue el otro y es imprescindible admitir que el beneplácito conferido al consejo del galeote revela mucha más información que lo que podría interpretarse como solaz compartido ante espontánea ocurrencia. Pues el caballero noble no sólo confirma que le ha agradado la posible respuesta a brindar a quien tanto lo fatiga, ha certificado –quizás sin ser consciente de ello– que el misterio escondido entre quienes se escriben gira en torno a la sexualidad.

Y, en última instancia, es un pasaje trascendental para iluminar el postrer rostro del condenado autobiógrafo. ¿Por qué, si la experiencia vital propia no hubiese sido análoga y semejante, estaría en condiciones el desastrado Guzmán de asesorar al amo? ¿Cómo es que pudo, con tan poca información como la que dice haber recibido de su señor, haber decodificado tan finamente el meollo de la melancolía que lo atribulaba? ¿Por qué, en definitiva, se revela el pícaro tan ducho en leer mensajes que, eventualmente, sólo parecerían destinados a quienes comparten los mismos códigos por integrar una misma grey? ¿No es esta, por cierto, una revelación impensada que la confesión integral de Guzmán nos tributa?

#### -VIII-

Que todo esto ocurra como postrer anécdota antes de que sobrevengan los hurtos inducidos por Soto para perjudicarlo en su privanza de galeras no es dato insignificante ya que reinscribe –si bien de modo muy elusivo– el cuarto anatema paterno que la novela parecería no considerar a la hora de explicitar los escenarios necesarios para las conversiones de Guzmán en galeras. Pues, justo es reconocerlo, toda la crítica insiste sobre la economía, la política y la religión pero no han podido desentrañar el campo idóneo donde leer si, efectivamente, la vida de Guzmán ha demostrado que el ser marica

---

<sup>28</sup> Es altamente significativo, a nuestro entender, que la celebración de las dos bodas se concreten en territorio hispánico puesto que el retorno a la patria aparece connotado, desde el éxodo de las comarcas italianas, como la ocasión idónea para hacer nueva vida y enmendarse. Proyecto existencial que, según ejemplifica, ha fracasado. Y es igualmente relevante que esos matrimonios, particularmente el último, lo afilien con claridad a la matriz lazarillesca según la cual el casamiento celebrado resulta deshonorado y se convierte en motor de infamia del sujeto.

del padre es vicio transmitido a la prole y si, en torno a ello, puede leerse el necesario repudio del protagonista a esta opción identitaria.

Y ello importa porque leído desde esta atalaya el texto clarifica cómo, en esta instancia final, la economía libidinal del pícaro se haya más próxima del convencionalismo oportunista del personaje grave que opta –cuando resulta necesario– por esconderse en un casamiento que, por caso, de la inconsciente y autónoma resistencia del caballero noble que apuesta por la errancia y el quiebre lógico de los vínculos de sociabilidad reconocidos en comunidad.

Punto en el cual, claramente, puede vislumbrarse cómo las dos posiciones encontradas iluminan, caliginosamente, el divagar existencial del protagonista: próximo y semejante al caballero noble cuando joven vagaba por Italia, semejante, en el renunciamiento, al personaje grave que comprende, ya viejo y en España, que el mejor disimulo es pasar por el altar.

Y ello es central porque la naturalidad con que diagnostica el caso melancólico del amo fuerza a reconsiderar, en el mismo distanciamiento impostado por la broma para atenuar la tragicidad de la encerrona epistolar, si el estado de serenidad que desea exhibir no es más que el resultado aleatorio del propio decurso vital. Ya ha enviudado una vez, ha sido abandonado en la segunda ocasión y, por ende, ya no necesita disimular. Nadie, en su sano juicio, debería sospechar a su respecto. Pero esto, no obstante, como bien la resolución de la novela lo pontifica, dista mucho de ser fino y preciso salvoconducto sobre su probidad.

Al punto que una extrema ironía del texto bien podría ser que el perdón real jamás llega –y no puede ser representado– porque aunque se abrace la sana religión, la fina política y la recta economía, la ideología hispánica de entonces hace del marica confeso o escondido figura delictiva condenada a errar cuyo mejor estatuto es parecer “como libre” pero jamás serlo de verdad. Figura sombría que se vuelve legible si, a cambio de ello, pacta admitir –con los lectores todos y con los demás– que todo lo padecido es resultado de su “mala vida”.

### **Obras citadas**

Alemán, Mateo. José María Micó. *Guzmán de Alfarache*. Madrid, Cátedra, 1987. 2 vols.

- Carrasco, Rafael. *Inquisición y represión sexual en Valencia. Historia de los sodomitas (1565-1785)*. Barcelona: Laertes, 1985.
- Canavaggio, Jean. "Le galérien et son image dans l'Espagne du Siècle d'Or: quelques variations sur un discours d'exclusion." En Augustin Redondo ed. *Les problèmes de l'exclusion en Espagne (XVIè-XVIIè siècles)*. Paris: Publications de la Sorbonne, 1983. 257-271
- Cavillac, Michel. "Les trois conversions de Guzmán de Alfarache (Regard sur la critique récente)." *Bulletin Hispanique* 95.1 (1993): 149-201.
- . "Humanismo y reforma social: la hora del mercader." En su "*Guzmán de Alfarache*" y *la novela moderna*. Madrid: Casa de Velázquez, 2010a. 61-107.
- . "El diálogo del narrador con el narratario. Modalidades y finalidad." En su "*Guzmán de Alfarache*" y *la novela moderna*. Madrid: Casa de Velázquez, 2010b. 167-179.
- Covarrubias Orozco, Sebastián. Felipe C. R. Maldonado ed., revisada por Pedro Camarero. *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid: Editorial Castalia, Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica, 1994.
- Eribon, Didier. *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Barcelona: Anagrama, 2001.
- Garza, Federico. "Ráscame las piernas. Percepciones del sexo entre hombres en Andalucía o el marinero que quería sus besos con un poco de lengua." En su *Quemando mariposas. Sodomía e imperio en Andalucía y México, siglos XVI-XVII*. Barcelona: Laertes, 2002.
- Molho, Maurice. "El pícaro de nuevo." *Modern Language Notes* 100.2 (1985): 199-222.
- Rodríguez de la Flor, Fernando. *La península metafísica. Arte, literatura y pensamiento en la España de la Contrarreforma*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1999.
- Vila, Juan Diego. "Sombras para Sanchico: Herencia, malestar familiar y olvido." En Juan Diego Vila ed. *El "Quijote" desde su contexto cultural*. Buenos Aires: Eudeba, 2013. 311-324
- . "'Empero mi alma triste siempre padeció tinieblas': Guzmanillo y el dolor de la sujeción minoritaria." En Michèle Guillemont y Juan Diego Vila eds. *Para leer el "Guzmán de Alfarache" y otros textos de Mateo Alemán*. Buenos Aires: Eudeba, 2015a. 223-249.
- . "'Tanto se desemedra más, cuanto yo más lo acaricio': La ruta equívoca de Guzmán en el laberinto homosocial de las galeras." En Michèle Guillemont y Juan Diego Vila eds. *Para leer el "Guzmán de Alfarache" y otros textos de Mateo Alemán*, Buenos Aires, Eudeba, 2015b. 251-273.